



Gerardo Diego leyendo una partitura en su domicilio de Madrid.



Gerardo Diego interpretando una partitua al piano.

GERARDO DIEGO Y LA MÚSICA

Elena Diego

Mis palabras han de ser, en primer lugar, de agradecimiento a la Universidad de Alcalá por dedicar el solemne Acto de Apertura de las Actividades Académicas del Aula de Música a recordar al poeta músico Gerardo Diego. Excmo. Sr. Vicerrector de Extensión Universitaria y Relaciones Institucionales, Javier Rivera; Sr. Director del Aula de Música, mi querido amigo y compañero, Enrique Téllez, muchas gracias.

Debo a esa amistad del director el honor de haber sido elegida para tan solemne acto. Doctores sabios y artistas sensibles hay que, con más autoridad que yo, podrían haber ocupado este lugar. Me perdonarán si mi punto de vista filial no es todo lo académicamente objetivo que sería de desear pero la difusión de la poesía, tan necesitada siempre de amparo y más que nunca en esta sociedad nuestra tan ajena a su mundo de amor y de misterio revelado por la palabra, acompañada y entrañada en la música, lo excusarán.

El músico nace y se hace. El niño Gerardo nació con una especial sensibilidad al ritmo y a la música.

¿Cómo explicar, si no, aquella escapada del niño de cinco años –histórico susto familiar– que nos cuenta en la décima “Misterio doloroso del niño perdido en la relojería”, de su libro *Mi Santander, mi cuna, mi palabra?*

Una esfera de cartón,
dos agujas de lo mismo
y alfiler al corazón.
La rueda del exorcismo.
Tengo ya un reloj de torre.
No te han visto, escapa, corre,

• Elena Diego es Catedrática de Francés e hija del poeta músico Gerardo Diego. [Nota del Director: publicamos un fragmento del texto de la conferencia impartida por Elena Diego el 25 de octubre de 2013 en el Auditorio del Aula de Música de la UAH, que estuvo seguida del programa musical *Canción española de concierto – Evocación de Gerardo Diego*].

corre a la relojería.
Las cinco en treinta goteras.
Música de las esferas
para siempre, siempre, mía¹.

Muy pronto tuvo el privilegio de poder acceder a una sólida formación musical en el colegio de D. Quintín Zubizarreta, en el que habían estudiado anteriormente sus hermanos mayores así como su vecino Felipe Camino, futuro León Felipe. D. Quintín le inició en el estudio del solfeo. En casa, su hermano José, en el piano. Escuchémosle recordar:

Parece que estoy viendo la sala, estoy viviendo
otra vez mi niñez. El granizo de marzo
perdigonea, tamborilea, se resuelve
en largas trenzas de agua lavando los cristales.
Se hace de noche. Escampa. El siglo es aún más párvulo
que yo, que apenas llego al nivel del marfil.
Bajan, suben las teclas hundidas por los dedos
de mi hermano. Estrellas bien sabidas.
Yo también sé subirme al rojo taburete
girándole tan alto que como flor se mece
y dibujar con ritmo un mozartiano andante.
-¡Cerrad bien las maderas!- Se encienden las bujías.
Reflejos amarillos en el cuaderno verde.
Chopin. Valses. Dios mío. Cuánto tesoro fulge
extraído a la entraña del viejo Bernareggi.
Van las manos mayores acunando las olas,
acariciando el dorso de imprevistas cadencias,
de quejas lastimadas, tiernas, que se agudizan
al salirse y entrarse rizándose en la órbita.

Un niño piensa y sueña. Y se escarba en la herida,
en la herida bellísima que le otorga la música.
¿Tan hermoso es el mundo que permite a los ángeles
cantar entre nosotros y legarnos colores,
suavidades sonoras de sus plumas caídas?
Y el niño se contempla las manos que aún no alcanzan
Más que la quinta².

¹ Diego, Gerardo, “Misterio doloroso del niño perdido en la relojería”, en *Gerardo Diego para niños*, Elena Diego (Ed.), Madrid, Ediciones de la Torre, 1996, p. 85.

² Diego, G., “El piano”, en *Gerardo Diego para...*, p. 87.

Entrañada en su más hondo ser desde la infancia, la música *angélica* que *canta la hermosura* del mundo estará ya presente para siempre en su vida toda y en su obra toda.

No puedo recordar a mi padre sin revivirle –y no es contradicción en los términos– en silencio y música.

En el “Aria” del bellissimo poema *Preludio, Aria y Coda a Gabriel Fauré*³, dedicado a su tan admirado y amado Fauré, nos estremece con esta visión del ser de la música y su misterio:

Oh música anunciada que la noche esclareces,
noche tú misma ubérrima de estrellas y de pulsos,
oh donación sin límites en quien Dios se recrea,
oh divina entre todas las cláusulas humanas.

Fue en un principio el ruido. Los rayos y las piedras
no hallaban sus aristas de eficaz geometría.
Era el agua un problema de sólida maraña
y el caos bostezaba su gañido de espanto.

Y dijo Dios: “No quiero”. Qué tremenda palabra.
La piedad de los cielos, consolando, negando.
Y del lecho vacío de la nada sin lengua,
adulto, esbelto, príncipe se edificó el silencio.

El silencio es el padre de la niña armonía.
Él la engendra y la cría de sus puras entrañas.
Aplicad el oído a la piel de la música.
Detrás de la sonata late el silencio cósmico.

Pero ¿qué esconde la “piel de la música”, una vez hecho el silencio, más silencio? ¿Es posible expresarse con ella o estamos condenados a la “mudez”? ¿Existe la música? ¿Qué es? ¿Una realidad? ¿Un engañoso sueño, “un puñado de viento”?

Prosigue el poema:

Canta el hombre angustiado su destino en la tierra,
canta para espantar el miedo de los astros.
La mudez es el solo, perdurable estatuto.
Del preludio a la fuga corre un escalofrío.

³ Diego, Gerardo, “Aria”, en *Versos escogidos*, Madrid, Editorial Gredos, 1970, pp. 124-126.

Oh engaño el más sublime, más pulcro e inocente
que de la mano augusta del Eterno nos vino.
Por no mirar –doblándonos al brocal de suicidas–
nuestra imagen perfecta, lapidamos el pozo.

Onda tras onda nacen, crecen, mueren y vibran
tras ellas otras ondas y se pisan, suplantán.
Un instante en el aire fulge la arquitectura,
la mano quiere asirla: un puñado de viento.

Problemática, oh música, es tu extraña existencia.
¿Eres en el espacio, en el seno del tiempo?
¿Eres tú porque somos, los hijos del capricho?
¿Te debemos la vida, oh madre derramada?

¿A tan inasible realidad, se pregunta el poeta, puede confiársele la expresión del mundo?

¿Te conocen las aves, los enigmas, los ángeles?
¿Las aguas del arroyo, los roces de las sedas?
¿Qué eres tú, cuerpo o alma, testamento o espíritu?
Cuando callas, tan bella ¿en qué nieve te duermes?

Ser una, diez, mil veces, es tu perfecto sino
paréntesis de gloria entre el ser y la nada,
celda deshabitada con la ventana abierta
por donde errara un día mariposa invisible⁴.

Porque la poesía, si es verdadera, es música pero música imperfecta que no puede llegar a donde alcanza la Música. Así lo confiesa el poeta Gerardo que fue poeta al no poder ser músico:

Las palabras se agotan, se marchitan,
y detrás de ellas llega la amenaza
de la mudez.

⁴ *Ídem.*

Y el día que se acaben, que se callen
de pura inefabilidad
¿cómo continuará nuestro amor trágico?
Desprevenidos nos sorprenderá
la estación de la muda.

Hay otro idioma eterno, inagotable,
El que debimos aprender
y no estudiamos nunca. A su crujierte
playa de sal nos acercamos trémulos
sin atrevernos a sus verdes aguas.
Es el mar de la música
o la esponja total –lucos y abismos
para el abismo y la luz única
del deseo de amor y de la entrega⁵.

A esa *playa de sal nos acercamos trémulos* esta tarde. Sus *verdes aguas* reflejarán *lucos y abismos* de esa palabra *del deseo de amor y de la entrega*, de esa entrega poética que nos revela *el abismo y la luz única*. Poesía y música, letra y música son fundidos o hermanados para un más perfecto canto, cántico a la Belleza.

Gracias por llevarnos allá. ■

⁵ Diego, Gerardo, “La otra letra”, *Piedra del molino*. Revista de poesía, n.º 4 (Otoño 2005), pp. 8-9.